

“sojuzgarlos.” (1) En efecto, á la fiesta de Toxcatl concurría sólo la nobleza primera, así de México como de Tlacopan y de las ciudades principales del Valle; acudían completamente desarmados, cubierto el cuerpo con el *maxlatl* y una vistosa manta, llevando flores en las manos, aunque la costumbre establecía viniesen profusamente adornados con ricas joyas y piedras preciosas. (2) Ocasión propicia pudo parecer aquella, al Tonatiuh y áun de política, caer sobre una reunión desarmada, pasar á cuchillo á los jefes y principales de los pueblos, dejándoles sin dirección ni defensa, alcanzando al mismo tiempo cuantioso botín.

Llegado el día fatal, Alvarado con algunos de los suyos, se dirigió al atrio del teocalli mayor; vió tres ídolos puestos en andas como para sacar procesion, y al lado sendos indios trasquilados y vestidos de nuevo. Promesa habían hecho los sacerdotes de suprimir los sacrificios humanos; aquella vez, por la solemnidad, por la ausencia de D. Hernando, ó lo más verdadero, porque la práctica sólo había sido escondida á los ojos de los castellanos, prosiguiéndose en secreto, era evidente que los tres indios trasquilados iban á servir de víctimas. Resuelto tenía Alvarado en su mente cuanto pretendía ejecutar; pero para justificar los hechos le era indispensable una fórmula legal, una de aquellas actuaciones jurídicas, que si no dejaban tranquila la conciencia, tenían para el comun valedera legalidad. Alvarado se apoderó de las tres víctimas, las condujo al cuartel y las sujetó á cuestión de tormento. A uno de ellos hizo aplicar sobre el estómago brasas de leña de encino, interrogándole: ¿cuándo pensaban dar guerra los mexicanos? nada dijo el infeliz, murió en el suplicio y su cadáver fué arrojado de las azoteas abajo. Al mismo martirio fueron aplicados otro indio y dos muchachos parientes de Motecuhzoma; “é con los tormentos dixeron lo que quería é tambien porque tenían una lengua que se dezía Francisco yndio, natural de Guatasta, que se llevó desta tierra cuando vino Grijalva que dezía lo quel mismo quería que dixese quera desta manera, que le dezían, dí Francisco, dizen que nos han de dar guerra de aquí á diez dias, é que no respondía otra cosa, syno sy señor.” (3) Por este procedimiento quedó en claro la verdad.

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 88. MS.

(2) Sahagun, tom. 1, pág. 56.—P. Duran, Segunda parte, cap. II. MS.

(3) Proceso de Alvarado, Bernardino Yáñez de Tapia, pág. 37.

Satisfecha la justicia, Alvarado mandó tomar las armas á la guarnicion. La mitad permaneció en el cuartel custodiando á Motecuhzoma, con orden de matar á los nobles y principales que al monarca acompañaban, cuando fueran informados de lo que en el templo pasaba; el resto de los peones castellanos, con el capitán á la cabeza se dirigió al atrio del teocalli mayor. La nobleza estaba ocupada en el baile. Tenía el centro la música, compuesta de huehuetl, teponaztli, flautillas y caracoles; al rededor los bailarines, tomados por las manos, formaban círculos concéntricos, moviéndose al compas del son: seiscientos entre nobles, sacerdotes y guerreros principales estaban presentes, mientras tres mil personas ó más asistían, sentadas por el suelo y arrimadas al *Coatepantli* ó pared de las culebras que cercaba el atrio. La presencia de los blancos no causó novedad, y baile y canto prosiguieron. Haciendo el papel de espectadores, los castellanos se pusieron diez á cada puerta de las cuatro del atrio; los demas con Alvarado se mezclaron entre la multitud. De improviso, á los gritos de ¡Mueran! ¡Mueran! los teules desnudaron las espadas; arremetiendo contra los que tañían el son, cortáronles las manos y cabeza; revolviendo despues sobre la desarmada multitud, repartían tajos y estocadas á diestra y á siniestra, hendiendo cráneos, cortando miembros, barrenando barrigas sin compasion ni lástima. Quienes pretendían salir por las puertas eran recibidos por las alabardas de las guardias; los que trepaban por la cerca servían de blanco á las ballestas; algunos por escapar se ocultaban debajo de los muertos; sacerdotes y guerreros se refugiaron al teocalli, peleando con los puños y defendiendo las gradas, aunque todos fueron pasados á cuchillo. “Fué tan grande el derramamiento de sangre, que corrían arroyos della por el patio como agua cuando mucho llueve. Del derramamiento de sangre y de los intestinos, estaba un gran lodo en el patio, y tan gran hedor, que era cosa espantosa y de gran lástima.” (1)

(1) P. Sahagun, lib. XII, cap. XX.—Proceso de Alvarado, pág. 37—38.—P. Duran, cap. LXXV y II. MS.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. VIII.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 88. MS. Relac. 13, pág. 6 y 7.—Menciona el suceso la lám. 136 del cod. Vaticano y la estampa del cap. LXXV del P. Duran.—Para juzgar del hecho oigamos la defensa alegada por el mismo P. de Alvarado. En el proceso, la matanza del templo mayor forma el V cargo; el descargó del acusado consta en las pág. 65—68. No niega el suceso ni ninguno de sus pormenores. Asegura, que desde que

Los que estaban por fuera mirando, ó quienes á duras penas pudieron escapar, salieron por las calles refiriendo la maldad y apellidando á los guerreros; armáronse de presto los ciudadanos, ocurrieron aunque sin caudillos guiados sólo por la venganza, cargando aquella multitud tan desesperadamente, que sin terminar de recoger el despojo, los castellanos tuvieron que refugiarse en el cuartel, muerto uno, heridos algunos y Alvarado rota la cabeza de una pedrada: en la fortaleza también habían dado muerte á los nobles que acompañaban al emperador. El capitán Tonatiuh, de triste celebridad en los fastos del Nuevo Mundo, se presentó chorreando sangre á Motecuhzoma: "Mira, le dijo con ira, lo que me han hecho tus vasallos."—"Si tú no lo comenzaras, replicó el apesadado monarca, mis vasallos no ovieran fecho eso. ¡Oh! cómo os habeis echado á perder, é á mí también." (1)—Cerradas las puertas del cuartel, los españoles se fortalecieron apresuradamente, defendiéndose á tiros con las ballestas, los arcabuces y la artillería, arrojando piedras de las azoteas para apartar á los asaltantes. Por seguridad, pusieron grillos á Motecuhzoma.

entraron en México la primera vez, era público y notorio que los indios los querían matar, é ido D. Hernando, como vieron haber quedado poca gente perseveraron en su propósito, pidiendo licencia para la fiesta que no era más de pretesto para concertar el alzamiento; quitáronles la comida y daban de palos á los naborias. La mañana de la festividad amanecieron muchos palos hincados y en el principal Cu uno más alto y preguntádoles para qué eran, le respondieron públicamente que para matar á él y á los suyos. Vió á los indios estar sacrificando, y habiéndolo tomado á uno de los que iban á ser muertos se informó de él como tenían concertado quitar á nuestra Señora y poner á Huitzilopochtli; para lo cual había mucha gente de guerra preparada en la ciudad. Ocurrió á Motecuhzoma para que estorbase el daño, mas éste le dijo que no podía. Entonces tomó otro indio natural de Texcoco, llamado D. Hernando, de quien supo ser verdad todo lo antedicho y además, que había mucha gente armada en la fortaleza y azotea de Motecuhzoma, quien tenía también una porra dorada debajo de la cama. Motecuhzoma le mandó llamar para que viese como subían á Huitzilopochtli y derrocaban á Nuestra Señora, y aunque lo reconvino al monarca, no haciéndolo éste ningún caso, para evitar semejante desacato se fué al atrio con la tropa en donde vió efectivamente á los indios ocupados en subir al ídolo; reconviniendo por ello, los indios le comenzaron á acometer, muchos guerreros salieron de las salas y se trabó una pelea en que á él le hirieron, mataron á un español y todos estuvieron en mucho peligro; "é sy esto no se hiziera nos mataran á

(1) Proceso de Alvarado pág. 38 y 67.

Contentos los méxica con aquella lijera ventaja, despues de incendiar los cuatro bergantines, se retiraron por varios dias á celebrar las exequias de los muertos. El duelo en la ciudad fué inmenso; faltaba la flor de la nobleza, del sacerdocio y de la milicia; los dolientes se esmeraron en las ceremonias fúnebres, llorando su desgracia y cantando los cantares que entónces compusieron, y pasaron á las siguientes generaciones. (1)

Al siguiente dia de terminados los funerales, los méxica volvieron á la pelea, acometiendo el cuartel con sobrada valentía; aunque poco daño hacían recibiendo mucho: en despecho de las armas de fuego, en combates sucesivos lograron incendiar el cuartel por varios puntos, derribar una pared, y al cabo pusieron en tanto aprieto á los castellanos, que Alvarado mandó subir á la azotea á Motecuhzoma para sosegar á los guerreros. En efecto, el monarca se presentó acompañado de Itzcuahtzin, un noble de Tlatelolco, guardados por algunos castellanos armados: Itzcuahtzin dirigió la palabra á la multitud en nombre del monarca, diciendo: que mirasen lo que hacían, pues su señor estaba allí presente y les rogaba no curasen

"todos é se perdiera la tierra é ya que viniera D. Hernando Cortés no le dexaran entrar en la ciudad" &c.—Como se observa, el reo no logra desvanecer los cargos; la defensa es oscura y embrollada, contraria al sentir de los testigos presenciales y á las constancias históricas; nada dice acerca de la matanza, asunto principal, si bien se trasluce en las palabras copiadas, que pretende dar á entender, que el hecho fue resultado de la agresion de los guerreros indios, hecho que resultó provechoso, ya para salvar la guarnicion, ya para sostener la ciudad hasta la llegada de D. Hernando.—Respeto del juicio formado por los autores, Cortés no menciona el hecho. Bernal Díaz cap. CXXV, contradiciendo á Fr. Bartolomé de las Casas da por su opinion, "que verdaderamente dió en ellos por metelles temor, é que con aquellos males que les hizo tuvieron harto que curar y llorar en ellos, porque no le viniesen á dar guerra; y como dicen que quien acomete vence, y fué muy peor, segun pareció."—Herrera, dec. II. lib. X, cap. VIII, admite el levantamiento de los indios, aunque aumenta: "Mató muchos, tomóles las joyas, con que dió ocasion á decir que lo había hecho por codicia.—Torquemada lib. IV, cap. LXVI, asegura, tomado no sabemos de donde, que "hasta indias tenían prevenidas, que cuidaban de ollas llenas de brebaje, para cocer á los castellanos y comérselos."—Da por cierta la conspiracion Solís, lib. IV, cap. 12.—Clavijero Hist. antig. pág. 94, escribe: "Terminada aquella trágica y horrenda escena, los españoles despojaron á los cadáveres de toda la riqueza que los cubría." Defiende á Pedro de Alvarado del cargo de codi-

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXI.—Clavijero, tom. 2, pág. 94.

de pelear, pues por ello les iría mal, siendo los españoles tan valientes y contra los cuales no podrían prevalecer; el emperador estaba preso con hierros, "y que si peleaban contra los españoles, temía que ellos le matasen." (1) Tan acostumbrado estaba el pueblo á la obediencia pasiva, que al escuchar la voz autorizada por su rey, murmuró un tanto, mas cesó de combatir. Sin alejarse, no obstante, de las cercanías del cuartel, abrió al rededor pozos, levantó albarradas y se mantuvo en constante acecho: el asaltó quedó convertido en asedio. Impidióse la entrada de agua y víveres, dando irremisiblemente la muerte á cuantos pretendían entrar ó salir de la fortaleza. (2)

Estaban avituallados los castellanos y no temían por entonces el hambre; agua llegó á faltarles, proporcionándosela con abrir un pozo: encontrar un líquido potable en lugar donde sólo brotaba agua salobre, les pareció prodigio. (3) Con intento de pedir socorro á D.

cia, contra Sahagun, Casas y Gomara, poniendo en la nota subsecuente: "Es enteramente increíble que los mexicanos quisieran aprovecharse de la ocasion del baile para maquinár una traición contra los españoles como muchos historiadores suponen; y absurdo lo que dice Torquemada que tenían ya preparadas las ollas para cocer sus cadáveres. Estas son fábulas inventadas para justificar á Alvarado. Lo que me parece más verosímil es, que los tlaxcaleses, por el gran odio que tenían á los mexicanos, hicieron creer á este capitán la supuesta traición. En la historia de la conquista, tenemos muchos ejemplos de esta clase de sugestiones inventadas por los tlaxcaleses." — Gomara, ción cap. CIV, dice: "y sin duclo ni piedad cristiana los acuchilló y mató, y quitó lo que tenían encima." — Casas, Brevisima relac. fól. 18, v. atribuye la acción á codicia del capitán. Siguen el mismo parecer Sahagun y Duran, en los lugares citados. — Oviedo, Hist. general lib. XXXIII, cap. LIV, oyó de boca de Juan Cano, marido de Doña Isabel, hija de Motecuhzoma, la relación de la terrible matanza, dando por inocentes á los indios. "Y ésta fué la causa por qué los de México, viendo muertos é robados aquellos sobre seguro, é sin haber merecido que tal crueldad en ellos se oviese fecho, se alzaron é hicieron la guerra al dicho Alvarado é á los chripstianos que con él estaban en guarda de Montezuma, y con mucha razón que tenían para ello."

(1) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXI, Cartas de Relac. pág. 131.—Proceso de Alvarado, pág. 38.—Resid. Cortés tom. 1, pag. 41.—Sahagun confunde esta primera entrevista de Motecuhzoma con los guereros, en la cual fué obedecido, con la segunda, mas adelante, en que se le descomidió la milicia.

(2) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXI.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXV. Cuéntase ahí mismo otro milagro de una pieza de artillería incendiándose por sí propia en la sazón más oportuna.

Hernando, echaron fuera en diferentes días y por diversos lugares, repetidos correos de los auxiliares tlaxcalteca y cempoalteca, quedando la mayor parte prisioneros y muertos. (1) No sabemos por cual causa, acaso por la noticia del triunfo de Cortés sobre Narvaez, los sitiadores aflojaron el cerco, permitiendo que los mensajeros fueran á Cempoalla, enviando también Motecuhzoma sus embajadores, tan desairados por el general. Cuando Cortés se acercó á Texcoco, ya encontraron la salida franca los emisarios castellanos, y al entrar en México el ejército victorioso, los sitiadores se habían desvanecido como el humo.

Reunidos los españoles en el cuartel, hicieron salva de artillería en señal de regocijo. Súpose entonces haber perecido siete hombres, entre ellos, aquel soldado Peña con quien tanto se holgaba Motecuhzoma. (2) "Y diré como Cortés procuró saber qué fué la causa de se levantar México, porque bien entendido teníamos que á Montezuma le pesó dello, que si le plugiera ó fuera por su consejo, dijeron muchos soldados de los que se quedaron con Pedro de Alvarado en aquellos trances, que si Montezuma fuera en ello, que á todos les mataran, y que Montezuma les aplacaba que cesasen la guerra." Preguntado el Tonatiuh, respondió que los mexicanos pretendían darle guerra para libertar á Motecuhzoma, quitar del teocalli á Nuestra Señora para poner á Huitzilopochtli, y acabar con los castellanos que eran pocos en la ciudad, pues tenían por cierto que D. Hernando sería vencido por Narvaez. "Y Cortés le dijo: "Pues hamme dicho que os demandaron licencia para hacer el areito é bailes;" é dijo que así era verdad, é que fué por tomalles descuidados; é que por qué temiesen y no viniesen á dalle guerra, que por esto se adelantó á dar en ellos; y como aquello Cortés le oyó, le dijo muy enojado, que era muy mal hecho, y grande desatino é poca verdad: é que pluguiera á Dios que el Montezuma se hubiera soltado, é que tal cosa no la oyera á sus ídolos; y así le dejó, que no le habló más en ello." (3)

La bárbara matanza del templo mayor debe cargarse á la cuenta personal de Pedro de Alvarado, del capitán más rapaz y desapiada-

(1) Sahagun lib. XII, cap. XXII.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. VII.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXV.

do que vino á la conquista. Bajo cualquier aspecto que se mire aquella accion, fué un horrible atentado. Si se supone por móvil la codicia, es un acto de escandaloso bandolerismo. Admitiendo el deseo de aterrar á los indios, para prevenir una insurreccion, es un asesinato premeditado, alevoso y con ventaja. Ante esta matanza, queda pálida la de Cholollan. Fué un desafuero que puso el colmo al sufrimiento de los pacientes indios; inmotivado, injusto, impolítico, calculado y dirigido por un instinto sanguinario; dió principio á esa larga série de calamidades inútiles que tan crudamente cargaron sobre vencedores y vencidos.

Entre la primera y la segunda entrada de Cortés en México, el desman de Alvarado había cavado una profunda sima. Había desaparecido la ilusion en los descendientes de Quetzalcoatl; aunque parecieron muchos al principio, bastaba para admitirles ser blancos y barbudos y venir por el Oriente; pero otros y muchos más llegaron en pos de los primeros, y no como hermanos, sino para calumniarse y combatirse. Las debilidades que mostraban sin embozo, sus malos instintos, sus inmoderados deseos de oro y de placeres, su amor por la guerra y la destruccion, no podían acreditarlos como dioses, ni ménos por los dioses pacíficos y justos, prometidos por el antiguo profeta. Ahora los indios de Cuba les informaban, en cuanto podían alcanzar, de la procedencia de aquellos conquistadores, de cómo se habían apoderado de las islas, en cuál manera se habían comportado con la poblacion indígena. No cabía la menor duda, aquellos seres brotados de las ondas del Océano no tenían nada de divino. Pero aún así, habían vivido en paz con ellos; pero abusando de su fuerza les habían tomado su riqueza, sus mujeres, su rey á quien habían afrentado, y no contentos con aquello dieron la muerte á cuanto grande y distinguido respetaba el pueblo. En adelante, sólo podía tener cabida la guerra sin cuartel.

(1) Sahagún, lib. XII, cap. XXIII.

(2) Herrera, lib. II, cap. VII.

(3) Herrera, lib. II, cap. XXIII.

CAPITULO X.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMATZIN.

Ordenes de Cortés para abrir el mercado.—Cuillahuac puesto en libertad.—Principio de los combates.—Asalto al cuartel español.—Nuevos combates.—Motecuhzoma arenga á los guerreros.—Cuauchtemoc le dispara la primera flecha.—Heridas de. monarca.—Los testugines ó tortugas.—Asalto al teocalli mayor.—Nuevas pláticas.—Determinase abandonar la ciudad.—Blas Botello el astrólogo.—Empeñada lucha en las puentes.—Muerte de Motecuhzoma Xocoyotzin, de Cacamatzin y de otros señores.

Iltecpatl 1520. El siguiente 25 de Junio amaneció la ciudad con aspecto amenazador; no acudieron los méxica con los víveres que ántes acostumbraban dar, y la misma contratacion estaba suspendida, pues los mercaderes se habían abstenido de concurrir al *tianquiztli*. Cortés se había pensado que su presencia sola bastaría para restablecer la paz, y aún por el camino se venía lisonjeando con sus nuevos compañeros de armas de mandar absolutamente en la tierra, así sobre Motecuhzoma, como sobre todos los pueblos; “y viendo que todo estaba al contrario de sus pensamientos, que “aún de comer no nos daban, estaba muy airado y soberbio con la “muchacha gente de españoles que traía y muy triste y mohino.” En